

Palabras del Embajador Alejandro Gordillo Fernández, en ceremonia en honor del Embajador Luis Marchand Stens

29 de agosto de 2013

Señora doctora Cecilia Pastor de Marchand, su hijo Michel y esposa Becky;

Reverendo Padre Armando Nieto;

Señor Viceministro de Relaciones Exteriores, Embajador Fernando Rojas;

Señores ex-Cancilleres y ex-Viceministros;

Señora Directora de la Academia Diplomática;

Señor Secretario General de Relaciones Exteriores;

Señores Embajadores;

Damas y caballeros;

Alumnos de la Academia:

Deseo iniciar mi alocución expresando mi más respetuoso agradecimiento a la doctora Cecilia Pastor de Marchand y a su hijo Michel Marchand Pastor, por haberme permitido el honor de pronunciar unas breves palabras, en este acto de homenaje al Embajador Luis Marchand Stens.

En una oportunidad como ésta, y en el lugar donde se realiza, la Academia Diplomática, qué se puede decir sobre el Embajador Marchand, que no se sepa.

Que fue un diplomático ejemplar, lo sabemos todos.

Que fue un profesional a carta cabal, lo sabemos todos.

Que fue un connotado jurista, lo sabemos todos.

Que ocupó las más altas jerarquías en la Cancillería, lo sabemos todos.

Que estuvo al frente de las más importantes Embajadas del Perú, lo sabemos todos.

Que representó al Perú con brío singular en diferentes foros internacionales, lo sabemos todos.

Que conocía a fondo, como pocos, los problemas internacionales del Perú, lo sabemos todos.

Por eso, ahora solamente me queda resaltar, y más que resaltar, recordar las más saltantes cualidades personales que le adornaban. Y, en este sentido, debo desde ya adelantar que mi opinión es completamente parcializada. Tuve la suerte no solamente de conocer al Embajador Marchand, sino la fortuna de haber contado con su generosa amistad.

Al pergeñar estas líneas, me vinieron a la memoria con nostalgia las veces que me tocó acompañarlo en importantes gestiones para la política exterior del Perú; pero no quisiera que se interpretara que deseo hablar de mí. Sólo lo menciono para que se comprenda cómo y porqué llegué a conocerlo tanto.

Su extremada sencillez y su don de gentes le facilitaban el trato y el contacto con las demás personas, cualidad esencial en todo buen diplomático. Su inteligencia y su capacidad para captar el rumbo de los acontecimientos, le permitían encontrar fórmulas de entendimiento. Su acendrado patriotismo lo traslucía en la férrea defensa de los intereses permanentes del Perú. Su preocupación por el Perú era una constante, aunada a su espíritu nacionalista y sus convicciones democráticas. Supo representar al Perú con dignidad, sobriedad y distinción.

Mi Promoción de la Academia Diplomática, la Quinta, vio en el Embajador Marchand al funcionario diplomático que todos queríamos ser: profesionales de la Diplomacia sobre la base de una sólida formación y un conocimiento profundo de los problemas del Perú. Por ese motivo, decidimos darle su nombre a nuestra Promoción, cuando él era aún un joven Consejero, pleno de promesas para la diplomacia peruana.

Y, sin temor a equivocarme, puedo afirmar rotundamente que hicimos una muy buena elección, pues el tiempo nos dio la razón con la ejemplar carrera de la que hizo gala el Embajador Marchand.

A mi amiga Cecilia y a su hijo Michel deseo reiterarles mi reconocimiento por haberme brindado esta oportunidad de expresar los sentimientos que he tenido y tengo hacia Lucho.

Para terminar, quisiera insistir en que la prematura desaparición del Embajador Luis Marchand Stens ha dejado un vacío muy grande y muy difícil de llenar en la Diplomacia Peruana.

Muchas gracias.